

Siguiendo el lema pastoral del año 2008 de la Arquidiócesis de Córdoba: “Con Jesús salimos, acortamos distancias... nos encontramos”, planteamos el siguiente subsidio como herramienta de profundización y formación pastoral para la tarea que venimos desarrollando en las distintas áreas de la CAAM.

Los subsidios tomarán como eje el itinerario que propone Aparecida como modelo de proceso personal y comunitario para ser y hacer discípulos misioneros de Jesucristo. El itinerario tiene 5 etapas que se compenentran íntimamente y se alimentan entre sí: encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión.

CONVERSIÓN

Textos iluminadores

“¿De dónde viene el mal? `Buscaba el origen del mal y no encontraba solución´ dice S. Agustín (conf. 7,7.11), y su propia búsqueda dolorosa sólo encontrará salida en su conversión al Dios vivo. Porque el misterio de la iniquidad (2 Ts 2,7) sólo se esclarece a la luz del Misterio de la piedad (1Tm 3,16). La revelación del amor divino en Cristo ha manifestado a la vez la extensión del mal y la sobreabundancia de la gracia (cf. Rm 5,20)” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 385)

“Por la misericordia de Dios, Padre que reconcilia, el Verbo se encarnó en el vientre purísimo de la Santísima Virgen María para salvar «a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21) y abrirle «el camino de la salvación». San Juan Bautista confirma esta misión indicando a Jesús como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Toda la obra y predicación del Precursor es una llamada energética y ardiente a la penitencia y a la conversión, cuyo signo es el bautismo administrado en las aguas del Jordán. El mismo Jesús se somete a aquel rito penitencial (cf. Mt 3, 13-17), no porque haya pecado, sino porque «se deja contar entre los pecadores; es ya “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29); anticipa ya el “bautismo” de su muerte sangrienta». La salvación es, pues y ante todo, redención del pecado como impedimento para la amistad con Dios, y liberación del estado de esclavitud en la que se encuentra al hombre que ha cedido a la tentación del Maligno y ha perdido la libertad de los hijos de Dios (cf. Rm 8,21)” (*Motu proprio Misericordia Dei de Juan Pablo II*)

“El Encuentro con Cristo Vivo, tal como lo vemos en la vida de los santos y testigos de la fe, lleva a un cambio radical de manera de pensar, de sentir y de obrar, es decir a una conversión. Ese es un signo de que hemos renacido del agua y del Espíritu” (*Orientaciones pastorales del 2000, obispos de Chile*)

“El proceso de crecimiento, de maduración, de conversión, es un movimiento constante y permanente. Y la realidad es que todos nosotros, estamos llamados por Dios a experimentar el proceso de conversión. Conversión del corazón, conversión del espíritu, conversión de los sentimientos, conversión de las actitudes. Conversión de toda la vida, todos tenemos que pasar por la experiencia de la conversión para encontrarnos con el Señor y poder llegar a ser en verdad sus discípulos” (*Reflexión de monseñor Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús, para el programa radial Compartiendo el Evangelio*)

La buena nueva, por tanto, no se comunica solo con la predicación, sino que supone una experiencia de conversión en la que se vive el misterio pascual que se anuncia y queremos que todos los bautizados vivan la experiencia. Así, la Buena nueva, no es una simple afirmación doctrinal o una exhortación a la conversión sino y, ante todo, es una experiencia de conversión a la que la palabra invita y da significado. La pregunta entonces es: ¿cómo suscitar esta experiencia? (*Plan Pastoral Arquidiócesis de Córdoba 2008*)

“La conversión del corazón es necesaria para `llevar una vida más pura, según el Evangelio´ (cf. UR 7), porque la infidelidad de los miembros al don de Cristo es la causa de las divisiones” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 821)

“La Iglesia ha recibido las llaves del Reino de los cielos, a fin de que se realice en ella la remisión de los pecados por la sangre de Cristo y la acción del Espíritu Santo. En esta Iglesia es donde revive el alma, que estaba muerta por los pecados, a fin de vivir con Cristo, cuya gracia nos ha salvado (San Agustín, serm. 214, 11)” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 981)

“El sacramento de la reconciliación es el lugar donde el pecador experimenta de manera singular el encuentro con Jesucristo, quien se compadece de nosotros y nos da el don de su perdón misericordioso, nos hace sentir que el amor es más fuerte que el pecado cometido, nos libera de cuanto nos impide permanecer en su amor, y nos devuelve la alegría y el entusiasmo de anunciarlo a los demás con corazón abierto y generoso” (*Documento de Aparecida* 254)

Para meditar: Hech. 2, 14-39

- Las personas que escucharon a Pedro, se conmovieron con su discurso. ¿Nos dejamos conmover hoy por el anuncio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo?
- Las personas preguntan a los Apóstoles qué deben hacer para concretar su unión a Cristo. Nosotros, como misioneros, ¿qué tenemos que hacer para que los otros se unan a Cristo?
- ¿Qué conversiones necesitamos? ¿Convertir las actitudes, los pensamientos, el corazón, la mente?
- ¿Cuál es mi relación con el sacramento de la Reconciliación? ¿Soy agente de reconciliación entre los hombres entre sí y entre los hombres y Dios?
- Pedro y los Apóstoles, tras Pentecostés, predicaron la Buena Noticia abiertamente. ¿Qué sitios necesitan de mi prédica para que las gentes se reconcilien con el Padre?